



STAN LAUREL OLIVER HARDY

QUÉ PAR
de LOCOS!



con
DANTE
El Mago





¡Qué par de locos!

Novela policíaca, de intrigante asunto, con hilarantes trucos de magia

Argumento original de

LOU BRESLOW Y STANLEY RAUH

Productor

SOL M. WURTZEL

Es un film

Dirección

ALFRED WERKER



LA MARCA DE LOS MÁXIMOS TRIUNFOS

Principales intérpretes: Stan Laurel y Oliver Hardy; Dante, el Mago; Sheila Ryan; John Shelton; Don Costello; Elisha Cook, Jr; Edward Cargan; Addison Richards; George Lynn; James Bush; Lou Lubin, etc.

EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — BARCELONA

SINTESIS DEL ARGUMENTO

El gordinflón Oliver y el flaco Stan salieron de la cárcel de Hamilton, en donde les había metido su gandulería, acompañados de dos robustos policías. Estos les preguntaron con mucha cortesía si les había gustado el aposento y Stan respondió muy apenado:

—Si hemos de ser francos, las migas estaban hechas un pegote.

Inmediatamente, un par de tremendas patadas propinadas en el fondillo de los pantalones les mandó por los aires. Mientras se frotaban la parte dolorida, los policías les avisaron que tenían que alejarse de la ciudad en menos de seis horas o, si no lo hacían, pasarían sesenta días con un pico y una pala.

Stan y Oliver pusieron los pies en polvorosa, pues no

les gustaba trabajar. Pero, como no tenían ni cinco céntimos, fueron a la carretera y estuvieron indicando a los autos que se parasen. Uno señalaba hacia un lado, el otro hacia el opuesto; por consiguiente, fracasaron en sus deseos. Stan tenía tortícolis de tanto sacudir la cabeza negativamente.

Por último, un conductor se apiadó de ellos y detuvo su coche, pero como Stan seguía negando, estuvo a punto de marcharse. Oliver impelió a Stan dentro del coche y se acomodó elegantemente. El auto no arrancaba; se le había descargado una batería. Amablemente, los dos amigos se ofrecieron a empujarle hasta que se pusiera en marcha...

Aun seguían empujando con la cabeza, cuando entraron en Hamilton. Los sombreros de Stan y Oliver estaban abollados. Entonces se dieron cuenta de que el conductor no iba a Florida, como quería Stan, dispuesto a tragarse veinte docenas de naranjas, ya que el chofer, aun cuando muy agradecido de su ayuda, entró tranquilamente en su casa.

Reventados de cansancio, se sentaron en el parachoques del automóvil. Allí peligrosaban y era urgente marcharse de la población, antes de ser descubiertos por la policía. Un repartidor de periódicos les lanzó a los pies un diario, destinado al dueño del automóvil, y Oliver lo desplegó, mientras Stan le decía:

—Mira a ver qué está haciendo Popeye.

Oliver casi le atizó una bofetada. Leyó la sección de anuncios, uno de los cuales prometía transporte gratis y gastos pagados hasta Dayton. Aquella era una ocasión para salir de la ciudad. Con el periódico entre los dedos fueron a la dirección señalada por el anuncio.

Ante la casa, Stan quiso llamar antes que Oliver, pero éste le propinó una patada que le arrancó el paraguas de las manos. El único que mandaba era Oliver; Stan derramó unas lágrimas y le cedió el lugar de honor.

Los que habían puesto el anuncio eran tres gangsters, Joe, Franck y Darby. El último se metió de un salto dentro de un ataúd, Franck se puso unas gafas, una peluca y se sentó en un sillón, mientras Joe abría la puerta a los dos vagabundos.

Oliver se descubrió y saludó a Joe, dando a conocer sus intenciones. El gangster miró con recelo a Stan, que estaba cubierto y cuyo sombrero salió volando de un papirotazo dado por Oliver. Convencido Joe de que eran unos inocen-

tes corderos, los presentó a Franck, vestido ya de mujer, que gimoteaba la muerte de su hijo. Este se había "ido", explicó Joe.

—¿Dónde se fué?—preguntó extrañado Stan, recibiendo una patada en la espinilla.

Oliver había comprendido y le dió el pésame. Guiados hasta el ataúd, a los dos amigos se les pusieron los pelos de punta. Joe deseaba que acompañaran al cadáver, pero no estaban dispuestos a hacerlo y huyeron como alma que lleva el diablo.

Los gangsters se enfadaron unos con otros al ver fracasados sus planes y no faltó mucho para que disparasen sus pistolas. Pero Oliver y Stan, que habían descubierto a los guardias rondando por los contornos, regresaron a la casa y aceptaron el trato de Joe. Recibirían cien dólares por su trabajo: la mitad en la estación y el resto en Dayton, al entregar el muerto. Consiguieron, no obstante, veinte dólares para comer y se marcharon.

Apenas habían cerrado la puerta, se presentaron dos bandidos más, el Doctor y Dixie, que no reconocieron a Franck hasta que se quitó el traje de mujer. Llevados ante el supuesto cadáver, los recién llegados recibieron un susto mayúsculo al ver que el difunto se ponía en pie y les estrechaba las manos. Darby hizo que Joe entregara al Doctor un recorte de periódico que contenía la aclaración de su extraño comportamiento, debido a lo siguiente:

Darby quería suplantar al sobrino de un rico trapero, fallecido hacía pocos días. En caso de que el sobrino no apareciera, la herencia iría a parar a la ciudad para construir un parque zoológico. Como Darby era perseguido por la policía, la única manera de salir de Hamilton sin ser apresado era emplear el ataúd, que habrían de acompañar Stan y Oliver, provisto de un respiradero disimulado. El Doctor recibiría la caja en una clínica arruinada que alquilaría en Dayton.

Oliver y Stan fueron puntuales, llegando con tiempo a la estación. La policía había localizado a Darby en la ciudad y les puso en un apuro, que resolvieron escondiéndose tras de una puerta. Entonces se encontraron con un mozo que llevaba el ataúd y le ayudaron a descargarlo. Stan perdió las fuerzas antes de dejarlo en el andén; lo soltó, pillando debajo los pies de Oliver, que de un revés le animó a tener más cuidado.

Stan, incorregible como siempre, le soltó un paraguazo en las narices... sin querer, y su amigo rugió desesperado. Joe les entregó en la sala de espera el dinero prometido y el importe de la facturación, marchándose a renglón seguido.

Entretanto, el muelle de la estación se veía invadido por los empleados de "Dante, el mago", célebre prestidigitador. Como llegaban retrasados, mandados por Tommy, el regidor, descargaron en un abrir y cerrar de ojos la impedimenta e instrumentos de la compañía, entre los que se contaba un ataúd del mismo tamaño y aspecto que el de Stan y Oliver. Su apresuramiento originó una confusión, pues, al pegar las etiquetas del espectáculo, pusieron una al féretro de Darby, dejando en el andén el del teatro.

La locomotora pitaba, dando la señal de partida, cuando Stan y Oliver regresaron a su ataúd: con premura, pegaron la etiqueta del supuesto Carlitos fallecido en el ataúd perteneciente a la compañía de variedades y lo metieron en el vagón, cuando ya el tren corría a toda velocidad.

Stan y Oliver entraron en el departamento de fumadores, discutiendo quién se había comido mayor porción de un bocadillo que el ahorrativo Oliver había comprado. Dos hombres, al ver que contaban el dinero, cambiaron una mirada de inteligencia y uno de ellos exclamó:

—¿Tenemos bastante dinero para nuestros gastos en Medford?

Asombrados Stan y Oliver, advirtieron que sacaban una maouinilla, metían un billete de un dólar por entre unos rodillos, los hacían girar y ¡el billete de un dólar se convertía en uno de diez! Luego, este de diez, pasando entre los cilindros, ¡se convertía en uno de cien!

Los dos vagabundos abrieron unos ojos como ruedas de carro. Oliver pidió permiso para tocar este billete y los dos hombres se lo alargaron muy risueños. Aquel aparato se llamaba "inflador" y enriquecía al que lo poseía. Oliver preguntó dónde podría comprar uno... El tren llegaba a Medford y los dos hombres se lo vendieron por todo el dinero que tenía la pareja, exceptuando un dólar necesario para empezar la producción de billetes.

Stan y Oliver habían sido engañados como chinos, pero, como no lo sabían, comieron opíparamente, forjando risueños planes para el futuro. Acabada la cena, Oliver encendió un puro, arrebató el otro a Stan, guardandoselo en un bol-

sillo, y pidió la cuenta al camarero negro con el aire de un multimillonario. Aquella subía a seis dólares ochenta centavos.

—¡Muy... muy razonable!—aprobó Oliver, asentido por Stan.

Sacó el "inflador", metió el billete de un dólar, hizo girar la manivela y alargó el billete que salió al negro. Este soltó la carcajada: el billete era de teatro. Los dos amigos se excusaron, dieron más vueltas, pero sin ningún resultado. Mientras el negro iba en busca del detective del tren, Stan y Oliver, sacudieron, menearon, agitaron el "inflador". Nada. La corbata de Oliver se metió en el aparato y pasaron las de Caín para sacarla de allí, rota y arrugada.

Una vez el detective dió la orden de que el tren parase en la estación siguiente, en donde les entregaría a la policía, Stan y Oliver lo recorrieron en busca de los estafadores y así conocieron a "Dante, el mago".

"Dante, el mago", era un hombre ya viejo, dulce y bonadoso. Estaba convirtiendo el azúcar en caramelos y los vasos en palomas con gran contento de los niños que había en el comedor. Stan y Oliver le tomaron, a causa de su largo pelo y su barbita, por Búfalo Bill, pero Dante se presentó y les aseguró que la máquina, el "inflador", no valía ni un dólar.

—Yo soy mago—añadió,

Oliver, entusiasmado al saberlo, intentó hacer un juego de manos con una baraja, que fracasó, naturalmente, y cuando le pidió la carta, Dante dijo que estaba bajo el sombrero de Stan, el cual, con una mueca de miedo, la encontró entre su pelo. El detective quiso llevárselos, pero Dante pagó la cuenta bajo promesa de que se lo devolverían al día siguiente, gracias a los cincuenta dólares de Carlitos, que cobrarían al llegar a destino con el ataúd. Y se marcharon muy satisfechos, llevando toda la baraja pegada al cuerpo, mediante las artes mágicas del bonachón Dante.

* * *

El Doctor pidió comunicación con el fiscal Malcolm Kilgore, desde la clínica que había alquilado en Dayton, afirmándole que allí tenía un paciente que respondía a las señas de Egbert Norton, el heredero del traperero. El fiscal y el Doctor concertaron que primero iría a la clínica a visitar al heredero...

El ataúd fué transportado a la clínica en aquel momento. Dixie y sus compinches lo trasladaron con gran alborozo al interior del edificio. Cuando hablaron a Darby y golpearon el ataúd, no respondió. Temiendo que hubiera muerto asfixiado, lo abrieron. En su lugar había una momia y unos carteles de "Dante, el mago".

—Vamos al teatro del Temple—propuso Joe muy decidido, comprendiendo todos lo ocurrido, es decir, el cambio casual de ataúdes.

Pero el Doctor aseguró que era arriesgado que lo hicieran ellos, se ofreció él y telefonó antes al fiescal Kilgore retrasando la cita. Así que se hubieron marchado, el fiscal se presentó en la clínica, estudió el ataúd, vió los carteles del espectáculo de Dante y adivinó lo ocurrido.

Oliver y Stan penetraron en el teatro del Temple, cuando todo se disponía para la función de la tarde. Encontraron al señor Dante y le pagaron la deuda, pues habían cobrado religiosamente el resto convenido al entregar el ataúd equivocado, cosa que nadie sabía, claro, después de lo cual fueron presentados al joven Tommy White, el regidor de escena, que hacía colocar unas cabinas telefónicas en el escenario.

—¿Puedo ayudarle en algo?—se ofreció Oliver.

Aceptaron los artistas y Stan entró en la cabina de la izquierda, mientras su amigo le observaba. Stan salió por la cabina de la derecha pidiendo dos fichas. Oliver vió visiones... Se frotó los ojos, abrió la cabina de la derecha y salió... ¡él mismo!... Es decir, otro Oliver, a quien habló Stan apareciendo de la cabina de la izquierda. Horrorizado se frotó los ojos...

—Esto marcha divinamente—afirmó Dante.

Oliver buscó a su amigo en las dos cabinas. Estaban desiertas y Stan le hablaba desde un palco de la sala. Cuando Oliver levantó los párpados, Stan brotó de sus pies... El gordinflón lanzó un gemido y Dante encargó a Tommy, en vista de lo cómico que resultaban los dos gandules, que los contratase.

—Yo no tengo experiencia—respondió Stan.

—Yo tengo por los dos juntos—afirmó Oliver, dándole un codazo en el estómago.

Fueron contratados por veinticinco dólares semanales. Ninguno de los dos se fijó en el ataúd que unos empleados

subían hasta la cúpula del teatro, sujetándolo al escenario con la ayuda de unas cuerdas.

Mientras Stan y Oliver se vestían, Margot y Tommy, que estaban prometidos, charlaban con Dante, tío de la joven. El gordinflón llamó al mago desde el pasillo. Stan y Oliver iban vestidos fantásticamente, a estilo árabe, y se pavoneaban llenos de orgullo.

—Parecen una página de las Mil y una noches—alabó Dante.

—Oliver parece todo el libro—contestó Stan, recibiendo un empujón de su compañero de aventuras.

Tommy les encargó que transportasen una mesa. Los hambrientos vagabundos notaron que la boca se les hacía agua. Estaba cubierta de apetitosos manjares. En tanto que Stan afilaba un cuchillo, Oliver hincó un tenedor en la carne. La superficie de la mesa dió la vuelta, ocultando los platos y dejando sobre ella una fuente cubierta por una tapadera. Se relamieron y la destaparon. Un tropel de pollitos correteó por el escenario.

Tommy, comprendiendo lo torpes que eran, les encargó que llevaran un pájaro al guardarropía. La cabeza de Stan chocó contra una escalera y Oliver se burló de él, pero al llegar al otro lado pegó un topetazo contra un escalón, produciendo un sonido hueco delator de lo vacía que tenía la mollera.

En el guardarropía les esperaba una sorpresa. Franck salió de un escondite y les apuntó con una pistola, ordenándoles que le dijeran en dónde estaban el ataúd y el doctor Lake. Stan y Oliver tartamudearon unas protestas y el gangster gritó al flaco:

—¡Cállate y empieza a cantar!

Stan, tomándolo al pie de la letra, dió el tono, cantó y desafinó con Oliver durante unos segundos hasta que Franck, perdida la paciencia, les amenazó con matarles. Oliver y Stan gimotearon. La reunión aumentó con la llegada de Dixie y de Joe que, sospechando uno de otro, investigaban el paradero del ataúd. Casi llegaron a las manos y el gordo y el flaco comenzaron a sospechar, pero Franck tuvo una idea para serenarles.

—Muchachos, voy a aclararos este secreto. Somos estudiantes. El hombre del ataúd no estaba realmente muerto. Es sencillamente una apuesta. El ataúd con el que os mandé se ha confundido con el del mago. Debe estar por aquí.

—Se podría isfisir... asfosar... dejar de respirar—declaró Stan, trabajosamente.

Decididos a salvar la vida de un hombre, y las suyas de paso, Stan y Oliver indagaron por el escenario. Los bandidos se quedaron en su escondite para no ser descubiertos y entregados a la policía.

Entretanto, Dante había comenzado la representación. Hizo surgir de la nada a su sobrina, diciendo las palabras sacramentales de "Sin Sala Bim", la hipnotizó, la hizo tumbar en una mesa, que de pronto se remontó en el aire, en donde permaneció quieta. Luego, arrancó la tela que la cubría y la hizo desaparecer, quedándose solo en el escenario, mientras los niños aplaudían a rabiar.

Stan, prosiguiendo sus investigaciones para el hallazgo de Carlos, alias Darby, subió una escalera de mano y miró muy extrañado a la pared. Allí le encontró Oliver, que, obedeciendo a sus indicaciones de que subiera también, inquirió extrañado qué le ocurría:

—No veo por esta ventana—señaló Stan a una decoración.

Pataron escaleras abajo y, rodando por el suelo, chocaron contra una estatua, rompiéndola en mil pedazos. Horrorizados de lo que habían hecho, montaron los trozos de cualquier forma, de manera que la cara miraba a los talones, y se escabulleron detrás de un biombo al oír ruido de pasos.

Estos eran los de los bandidos, que no fiándose de ellos, se pusieron de acuerdo en buscar a su jefe. La entrada del teniente Foster les hizo retroceder. Foster iba en busca de Tommy, acusado de un delito contra la justicia, con el propósito de llevarlo a la jefatura. Tommy le enterneció con sus promesas; se había reformado y además quería casarse con Margot.

Conmovido el teniente, ocupó un palco para asistir a la representación. Poco después, el fiscal Kilgory se sentaba entre los espectadores, mirando con recelo al ataúd colgado del techo. Stan y Oliver salieron de detrás del biombo. Habían oído la conversación anterior y Stan lloraba a moco tendido. Lloraba porque se estaba enamorando de Margot...

De un empujón, Oliver le proyectó hacia el escenario. Los bandidos permanecían allí indecisos. Al verlos, los persiguieron. Stan y Oliver, lanzando exclamaciones de pánico, se precipitaron a escena, siendo acogidos por una carcajada

general. Dante esperó sonriendo a que acabase y anunció que les iba a presentar el truco indú de la cuerda.

Dieron a Oliver un clarinete. El gordiflón se sentó sobre un cojín y, a medida que las notas iban sonando, la cuerda salía del cesto y se elevaba en el aire, poniéndose rígida. Cuando dejaba de soplar para recobrar el aliento, la cuerda se plegaba y caía al suelo. Stan fué obligado a trepar por la cuerda. Oliver se ahogó, tosió y la cuerda casi estrelló a Stan que lloraba rogando a su amigo que soplase con toda su alma.

Un chiquillo envió un cañamón al rostro congestionado de Oliver. Este se detuvo, Stan bajó a cien por hora, aullando como si le despegasen. Volvió a tocar Oliver y recibió la pedrada de un tirador. Stan se inclinó sobre el público. Tornó a enderezarse la cuerda y los pulmones agotados de Oliver tuvieron bastante... Como un rayo, Stan se desplomó sobre el cesto, aplastándolo entre los aplausos y risas de todos.

Los bandidos les aguardaban entre las cortinas. Los escabulleron y Oliver se metió en el cajón de los sables, rechazando a Stan, que protestaba de su injusto proceder. Cuando aparecieron dos empleados, pese a los gemidos de Stan, clavaron las espadas en toda la caja. Oliver las esquivó como pudo, encogiendo su voluminosa barriga. Por último, en cuanto tuvo una espada debajo de las narices, la caja fué sacada al escenario.

En éste, Dante anunció su propósito de atravesar el cuerpo de Margot una vez estuviera encerrada en ella. Pero no lo hizo; la fría hoja de acero hizo estornudar a Oliver, enviando las espadas a los cuatro puntos cardinales y salió disparado.

Los bandidos habían descubierto el ataúd atado en el techo. Sólo podían hacer una cosa: huir. Pero hacerlo por la salida corriente era peligroso. Se apoderaron de Oliver y de Stan y les obligaron a enseñarles otra salida. Oliver les indicó una puerta y Dixie se precipitó sobre ella...

Pero dicha puerta comunicaba con el pasadizo de la parte superior de una jaula y Dixie, a causa de su precipitación, cayó, pegándose un enorme porrazo contra el suelo. Estaba en la jaula, rodeado por los barrotes. Horripilado notó un extraño contacto: era un león. De un salto quiso subirse a la parte alta, pidiendo socorro, pero las garras le derri-

baron y le hicieron trizas el traje. Poco después, Joe y Franck, a su vez, saltaban como unos monos, estrellándose contra el fondo de la jaula y siguiendo su suerte.

—Mi próximo experimento, señoras y señores, es el famoso traslado invisible—decía, en aquel momento, Dante, señalando el ataúd—. Voy a tratar de hacer pasar mi sujeto a través del espacio atómico, hasta el ataúd de allá arriba.

Oliver golpeó el gong sostenido por Stan y éste vibró con el aparato mientras al gordinflón no le dió la gana de pararlo. Sus apuros no acabaron aquí. Dante le obligó a acercarse a un sarcófago; Stan quiso resistirse, pero el poder magnético del mago le inmovilizó. Completamente dominado, las orejas del aterrado Stan se movían de delante a atrás, como si dijeran adiós a la vida. Cerrado el sarcófago, Dante disparó contra el ataúd, que descendió lentamente desde el techo...

Dante abrió el ataúd, pero, en lugar de Stan vaciló el cadáver del Doctor, dando de bruces contra las tablas. Hubo un grito de horror. El fiscal y el teniente Foster abandonaron la sala en dirección del escenario. El policía, ante la sorpresa de la asustada Margot, acusó a Tommy del crimen y el joven, avergonzado, contó a la muchacha su vida anterior.

Dante aseguró que la bala que él había disparado no había matado al Doctor y fué detenido también. El fiscal Kilgory, entretanto, pasó cerca de las cortinas. Unas vigorosas manos le atenazaron por el cuello y un puñetazo le dejó sin sentido. Y las cortinas dieron paso al siniestro Darby, que abrió la puerta por donde cayeron sus cómplices y...

Oliver, llamando a Stan, encontró al fiscal y le acompañó al escenario para que Dante le curase. El teniente discutía con el fiscal, pero Oliver les interrumpió gritando con seguridad:

—Apuesto a que esos estudiantes le pegaron. Todos tenían revólver. Se fueron por la salida de la cabaña hawaiana.

Dante y Tommy exhalaban un gemido de horror. En un santiamén estuvieron delante de dicha cabaña. Foster desperdició los avisos de Dante y desapareció de la vista de

Oliver y de sus acompañantes, yendo a aumentar el número de las víctimas del león, cuyas garras esquivó escalando hacia la parte superior de la jaula.

Varios policías de uniforme se unieron a la comitiva capitaneada por Dante. Tommy abrió la jaula y los bandidos fueron siendo esposados por los policías, según ordenaba el malhumorado Foster. Cuando quisieron hacer lo mismo con Darby, el fiscal lo impidió, diciendo:

—Parece que ha cogido a sus hombres, teniente. Gracias por haberme cogido el mío.

Era Steve Barnes, policía federal, que había urdido el plan de imaginar una herencia inexistente, simulando la muerte del trapero, que, en realidad, estaba en la cárcel. Darby, al verse desenmascarado, lo confesó todo. Había matado al Doctor, porque éste intentó hacerlo en cuanto abrió la caja al llegar al teatro antes que nadie.

Oliver les abandonó preocupado por la ausencia de Stan, que no había dado señales de vida desde el trágico incidente. Espantóse al ver el aspecto ofrecido por la estatua rota y compuesta por ellos y siguió voceando el nombre de su amigo.

He aquí que le pareció oír su voz a lo lejos. Un inmenso huevo de avestruz rodó desde un rincón hasta sus pies, en donde se detuvo. Inclínándose, logró oír la voz de Stan que decía:

—Sácame fuera de aquí, Oliver. Ayúdame a salir, Oliver. ¡Sácame! Este huevo soy yo.

Rápidamente, Oliver cogió una porra de encima de una mesa y con sumo cuidado rompió las cáscaras del huevo. ¡De su interior salió Stan, pero un Stan enano, apenas tan largo como su brazo! Al ver aquella figurilla, Oliver no se pudo dominar y se rió con toda su alma, lanzando unas frenéticas carcajadas, golpeándose las piernas...

—¿De qué te estás riendo?—se enfadó Stan, estirando su figurilla.

—Sim... Sala... Bim...

Y, después de citar las palabras mágicas de Dante, Oliver se rió, rió hasta que las lágrimas se escaparon de sus ojos.

F I N



...salieron de la cárcel, en donde les había metido su gandulería.



Ante la casa, Stan quiso llamar antes que Oliver...



A los dos amigos se les pusieron los pelos de punta.



El Doctor y Dixie no reconocieron a Franck hasta que éste se quitó el traje de mujer.



Darby hizo que Joe entregara al Doctor un recorte de periódico.



Los dos vagabundos abrieron unos ojos como ruedas de carro al ver la máquina de hacer billetes.



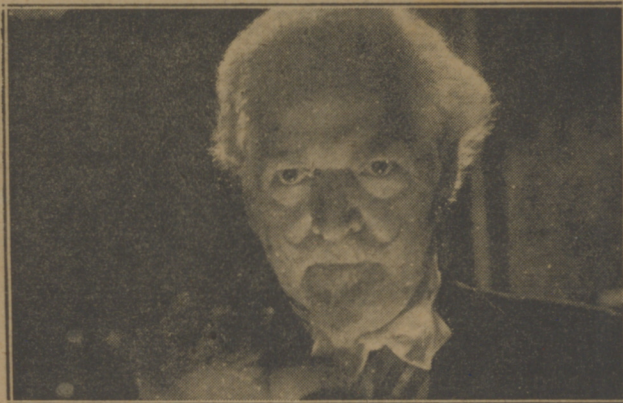
Los dos hombres le alargaron el billete muy risueños.



Oliver pidió la cuenta al camarero negro con el aire de un multimillonario.



¡La corbata de Oliver se metió en el aparato y pasaron las de Cain.



"Dante, el mago", era un hombre ya viejo, dulce y bondadoso.



Estaba convirtiendo el azúcar en caramelos...



El Doctor pidió comunicación con el fiscal Malcolm Kilgore.



Stan y Oliver iban vestidos fantásticamente, a estilo árabe.



Franck salió de un escondite y les apuntó con una pistola.



Hizo surgir de la nada a su sobrina.



Se escabulleron detrás de un biombo al oír ruido de pasos.



Horripilado notó un extraño contacto: era un león.



La cuerda casi estrelló a Stan, que lloraba...



Volvió a tocar Oliver...



Golpeó el gong sostenido por Stan y éste vibró con el aparato.



Las orejas del aterrado Stan se movían de delante a atrás.



El cadáver del Doctor dió de bruces contra las tablas.



El policía, ante la sorpresa de Margot, acusó a Tommy.



El joven, avergonzado, contó a la muchacha su vida anterior.



Y las cortinas dieron paso al siniestro Darby.



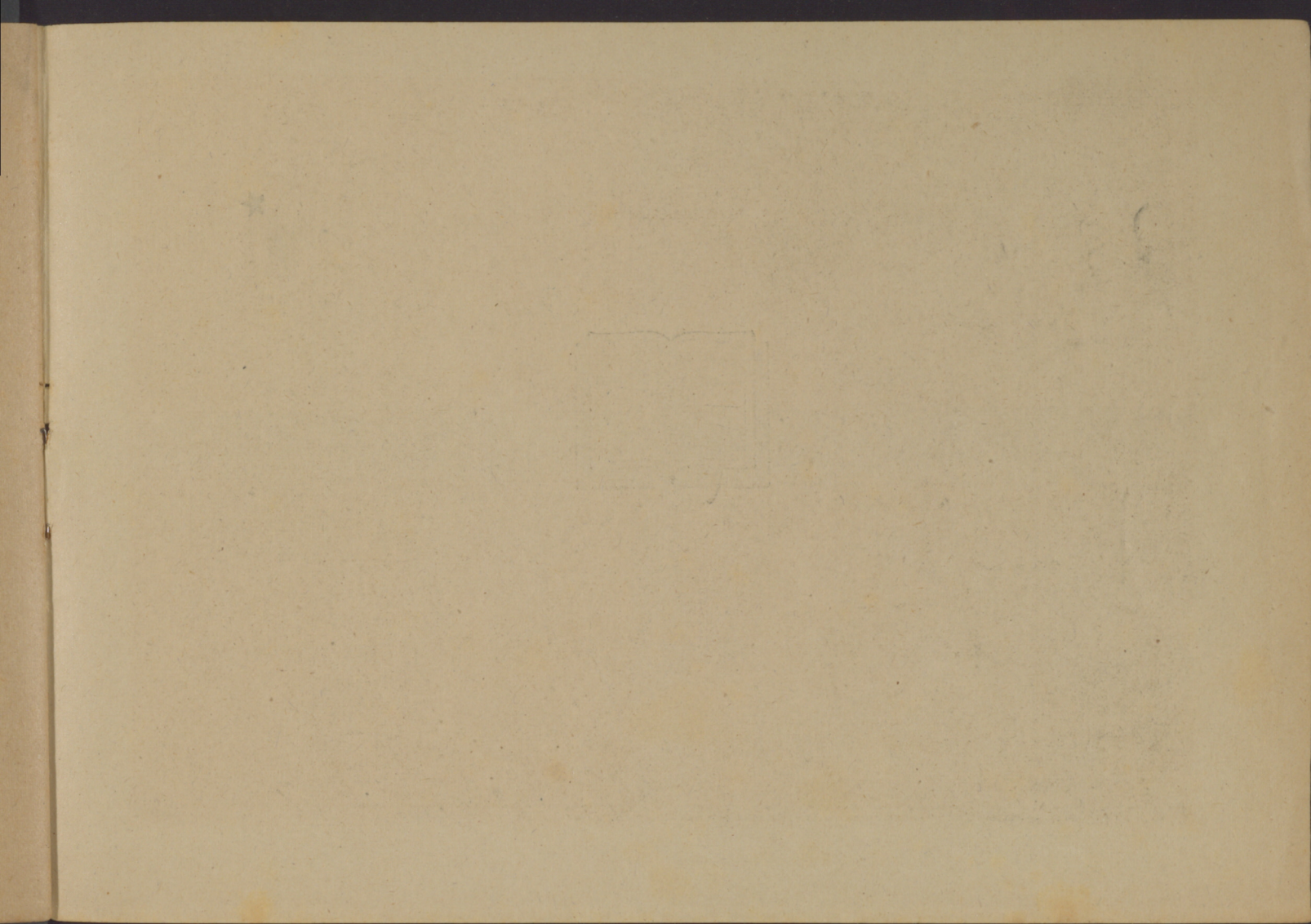
—Apuesto a que esos estudiantes le pegaron.



Foster desapareció de la vista de Oliver y de sus acompañantes.



Al ver aquella figurilla, Oliver no se pudo dominar y se rió con toda su alma.





Cubierta, Imp. M. PELLICER

Muntaner, 111-Teléfono 76132



SERIE

"PELICULA GRAFICA"